

## Un palimpsesto feminista: La Eva disidente de Isabel Custodio

Ana Rosa Domenella

*Hace siglos que las mujeres han servido de espejos dotados de la virtud mágica y deliciosa de reflejar la figura del hombre, dos veces agrandada.*

Virginia Woolf. Un cuarto propio.

La cita de la siempre memorable Virginia Woolf nos sirve de base para preguntarnos -nosotras las mujeres que nos ocupamos desde la docencia, el periodismo o la creación artística, de la literatura o de los libros en general desde una perspectiva de mujer-; nos preguntamos -repito- ¿cómo romper esa especularidad duplicadora de la figura masculina sin caer en un narcisismo autocomplaciente?

Uno de los posibles senderos en el campo de la cultura es emprender una tarea de pesquisa y restauración de la presencia de la mujer en los múltiples ámbitos del quehacer histórico. Buscar y recobrar una genealogía femenina en las huellas borradas de los antiguos manuscritos, en los documentos mal interpretados o soslayados desde una óptica androcéntrica, en la aturdidora

desinformación de los comunicadores masivos.

Esta es la tarea emprendida por Isabel Custodio hace más de una década en una columna semanal de *Excelsior* y que en muchas ocasiones sus lectoras no podíamos completar porque la subversión inherente de sus artículos hacían que fueran boicoteados por el mismo medio ¿o era simplemente casualidad que la nota sobre una novela de una escritora terminase abruptamente o no acabase; o que un polémico tema en defensa de los derechos de la mujer se traslapara con los consejos peluqueriles para gatos y perros? Hoy podemos releer, completar, recordar toda esta valiosa información y las reflexiones que escribiera Isabel Custodio desde 1981 en el espacio de la *Eva Disidente* con la

selección realizada a partir de una década de trabajo fecundo y concientizador.

*La Eva Disidente* se nos presenta, en su nuevo formato de libro, como un peculiar ejemplo de palimpsesto feminista porque -como la etimología de la palabra señala- se toman manuscritos (o escritos en estos casos) antiguos (y también contemporáneos) con evidentes huellas de que han sido "borrados artificialmente" (por la cultura dominante y obviamente patriarcal) para rescatar una escritura anterior, más antigua (feminista o, simplemente, con trazos de mujer).

Se trabaja esta diferencia, esta "otredad" aludida, desde muy diversos ángulos y desde tiempos tan remotos como lo es el curioso caso del casi "eslabón perdido" del sexo femenino, nuestra "ancestra" (como la llama Isabel) de hace 3 millones de años y que los antropólogos bautizan con el nombre de Lucy en honor a la canción de *Los Beatles* famosa por entonces (1974). Claro que en cambio del cielo ("Lucy in the sky") la desentierran -fossilizada- del fondo lodoso de un lago en Etiopía y aseguran que murió ahogada a los 18 años, en una época tan remota en que aún la raza humana no domesticaba el fuego.

La genealogía femenina se va entretejiendo con los mitos: la trilogía lunar Hécate, Artemisa y Selena y las diosas de la fertilidad, con la seductora sensualidad del mundo pagano. Y junto a deidades y personajes de tragedia clásica, algunas heroínas muy lejanas y desconocidas, como Hipatia de Alejandría que vivió en el siglo IV y fue inteligente y poderosa y por ende envidiada por los representantes del poder religioso y patriarcal. El arzobispo de aquella Alejandría dominada por los romanos la consideraba enemiga temible no sólo por su amistad con el gobernador imperial sino porque representaba y transmitía un saber antiguo más ligado al paganis-





mo que con la iglesia cristiana, por eso incita a la turba a destruirla, a destrozarla a punta de caracolas-marinas; sus restos fueron quemados como luego quemarían la legendaria biblioteca construída y sostenida por los Tolomeos. La existencia de Hipatia fue borrada, pero la obra de Cirilo se canonizó en el santoral cristiano.

En el más cercano Siglo de las Luces circulaban periódicos que exigían derechos para las mujeres junto con los de otros sectores marginados por la sociedad monárquica. Isabel nos informa que Rose Lacombe fundó el Club de las Ciudadanas Revolucionarias y se creó una legión de Amazonas, sin embargo, y aunque la alegoría de la Revolución Francesa es una mujer con gorro frigio, una bandera ondeando y el pecho expuesto con generosidad y desafío, no se nos hizo justicia. Nos enteramos al leer el artículo titulado *Las mujeres después de 1789*, que la Constitución del año II les negó el derecho de ciudadanas; un decreto del Año III les prohíbe asistir a las asambleas, aún como espectadoras y la convención del Thermidor de 1795 les prohíbe agruparse en las calles en número mayor de cinco, lo que nos recuerda -en un modo más amplio- los toques de queda y supresión del derecho de reunión de los gobiernos militares latinoamericanos. Como no se debe ser sectario -o sectarias- y no lo es nuestra *Eva disidente*, entre la pléyade de pensadores y políticos misóginos (entre los que hay que destacar por sus vuelos a Rousseau y Robespierre), se rescata la respuesta de Condorcet a quiénes nos "ninguneaban" so pretexto fisiológico "¿por qué los seres expuestos a embarazos y a indisposiciones pasajeras no podrían ejercer derechos donde nunca se pensó privar a la gente que tiene gota o se resfría fácilmente?". ¡Bienvenidos entonces los aliados y compañeros de ruta de todas las épocas!

En nuestro propio trabajo de rescate de voces femeninas olvidadas -dentro del marco del taller y seminario del

PIEM (El Colegio de México) coincidíamos con la denuncia de Laureana Wright de Kleinhans sobre el silencio o la parquedad de la historia "oficial" con relación a las heroínas de nuestra Independencia (el juicio aparece en *Mujeres notables mexicanas*, 1910). En la *Eva disidente* están presentes Leona Vicario y Manuela Saenz, entre otras. Otro ejemplo luminoso trabajado por Isabel es la figura de

nucleares. En el ámbito de la poesía, a Rosalía de Castro que es conciente de su condición de escritora y de mujer, aunque la crítica oficiosa lo haya escamoteado. En las letras inglesas, la ya citada Virginia Woolf y Doris Lessing quien afirma que "Sólo hay libertad cuando no existe dependencia amorosa de un hombre", desde una soledad elegida tras dos matrimonios y tres hijos.

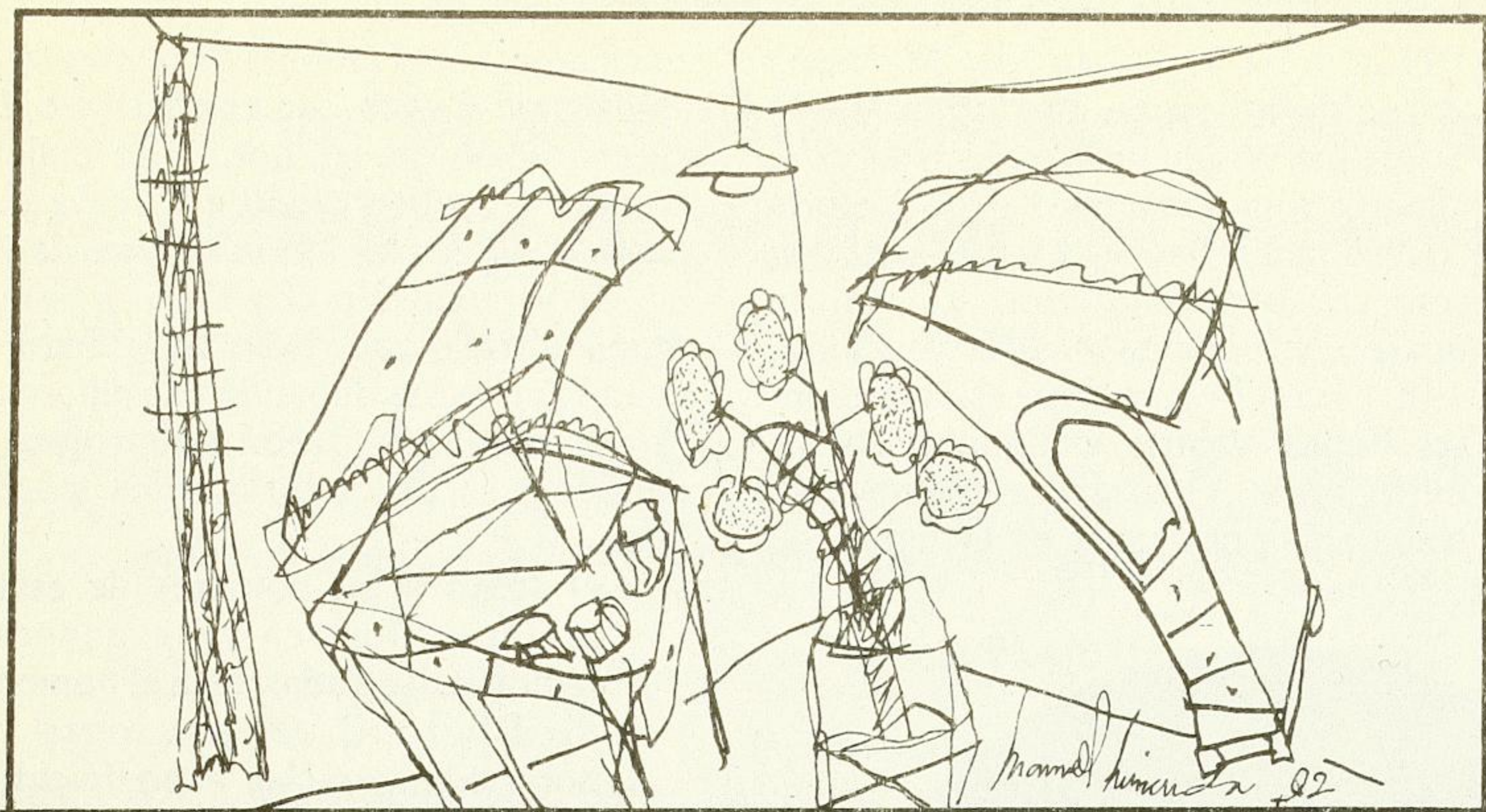
Junto a los nombres de estas mujeres ilustres y en general también ilustradas, está el nombre de Elvira Cruz que logra la notoriedad gracias a un filicidio múltiple. Esta medea del lumpen ciudadano no llega al crimen movida por la pasión de la venganza, como el trágico personaje de Eurípides, sino tras un largo proceso de despersonalización y acechada por la miseria. Medea mata a sus propios hijos para dejar al hombre que la traicionó -Jason- sin descendencia en el trono y además según el artículo dedicado a este personaje clásico -para vengar simbólicamente- "la degradación del sexo femenino en la familia patriarcal". En cambio, el caso de Elvira Cruz está presentado con el subtítulo de: *La anatomía es el destino* y la autora reflexiona que si esta mujer hubiese conocido la famosa frase de Freud -hecho absolutamente inverosímil en el escenario de los hechos- "hubiese llevado con más resignación su malograda existencia". Esta matanza de inocentes que nunca debieron nacer no tiene como referencia una tragedia clásica, sino la página roja del periódico; no la recreación mítica sino el "hecho bruto" de la realidad. En ambos casos, sin embargo, la mujer es protagonista; victimaria y víctima.

Además de estas mujeres con nombre propio que se incluyen en la selección de diez años de escritura, están las que representan un grupo, una secta o una clase social. Encontramos modelos con los que quisiéramos identificarnos en el futuro, como lo son las atractivas "panteras grises" de Alemania, y otros con los que estamos lejanas -afortunadamente-, como las ancianas asesinadas en Tanzania por ser marcadas como "brujas" debido a



Alejandra Kolontay que polemizaba con Lenin sobre el concepto de amor y el modelo de familia para la nueva sociedad y proponía el amor camaradería sobre el exclusivista y posesivo amor-pasión. Otros nombres de mujeres se rescatan, por su obra y sus méritos, en el campo de la ciencia y del arte. Por ejemplo, Margaret Mead que estudió 17 culturas, escribió 19 libros y defendió modelos de familia no



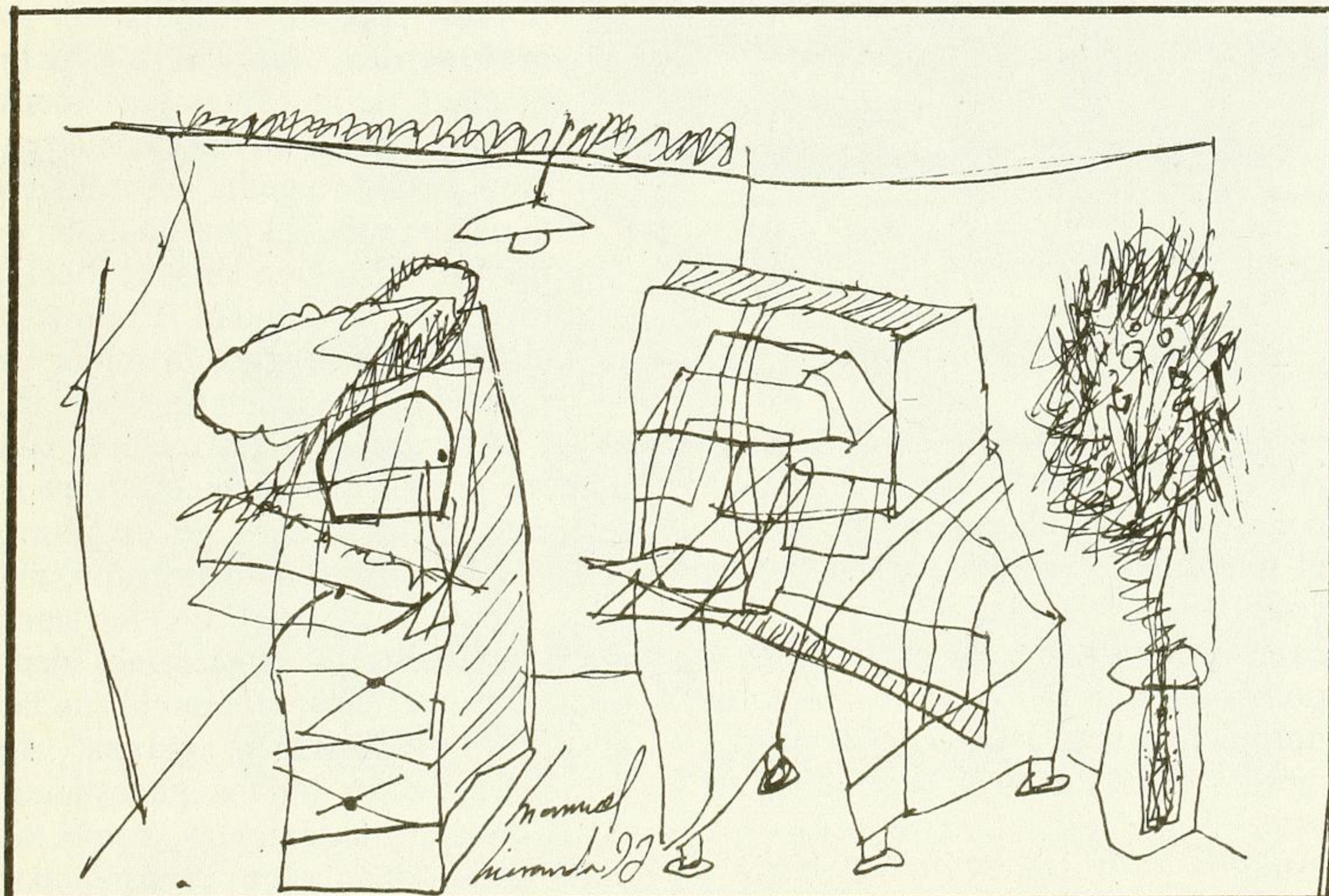


sus ojos enrojecidos por largos años frente a un fogón.

Nos informamos, con estremecimiento, de la situación de las "devadas", las "sirvientas de Dios", lanzadas a la prostitución por designios del fanatismo religioso (creencia hindú ancestral) y a la miseria por pertenecer a una casta inferior en el sur de Bombay; leemos con verdadero horror el artículo dedicado a las "mujeres jirafas" en el norte de Birmania, o la práctica -bárbara- de la "excisión" (o destrucción del clítoris) en tribus africanas y pueblos árabes. Otras notas pueden tocarnos de cerca o resultar conocidos los hechos por no referirse a una práctica histórica y cultural en un espacio geográfico determinado, sino a fenómenos biológicos o situaciones generalizadas: el peligro del SIDA, la menopausia,

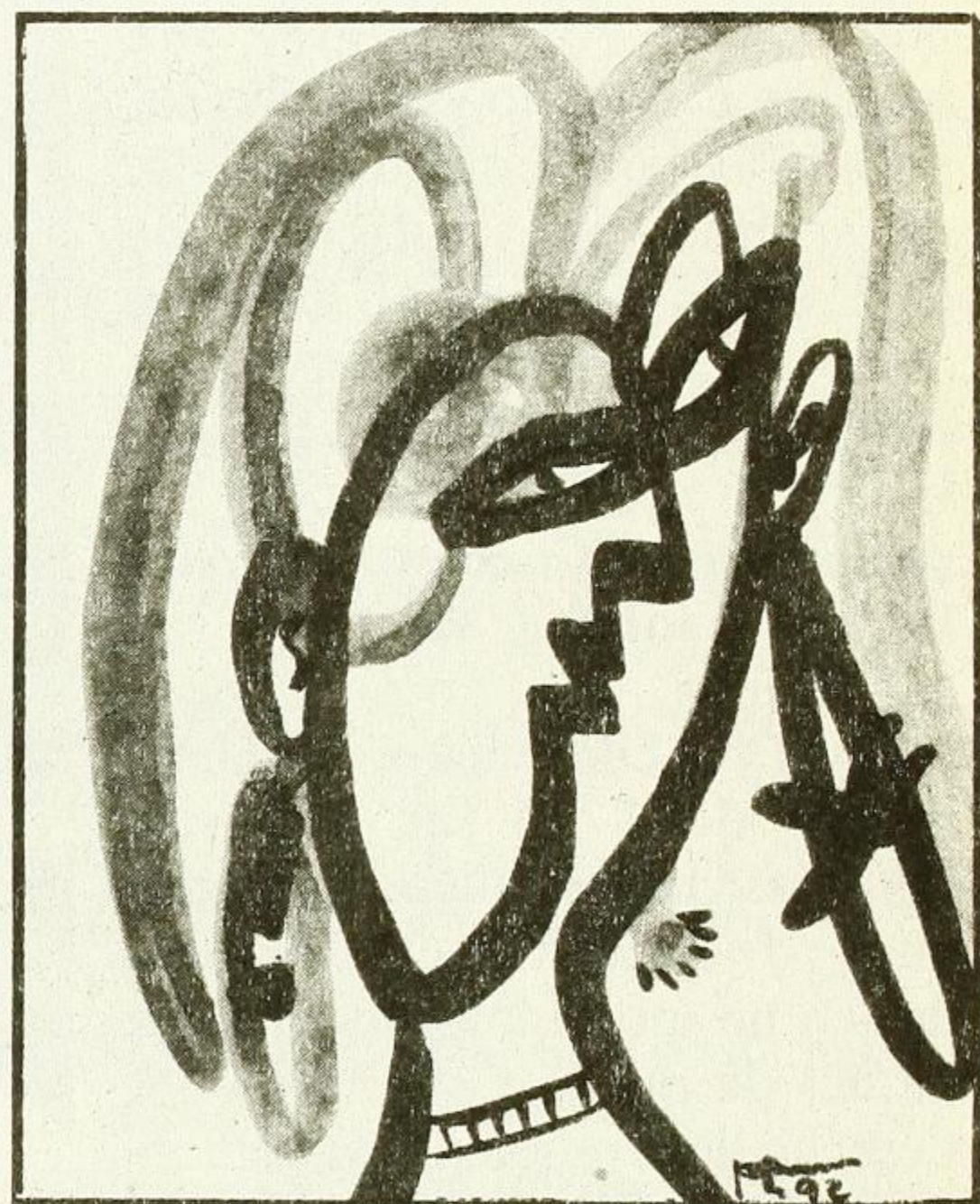
violaciones, mujeres golpeadas o la reflexión sobre si la mujer inteligente es menos atractiva a los hombres, en este predicamento de "ser para los demás" y sobre todo para el hombre, en que la sociedad patriarcal nos ha embarcado hace siglos.

Antes de finalizar estas reflexiones sobre la *Eva disidente* y recomendar su lectura, por formativa, amena y bien escrita, quiero recordarles que Balzac decía: "Dejar a la mujer leer los libros que su espíritu la lleva a escoger es enseñarla a no necesitarnos más". ¿Qué les parece la cita que rescata Isabel? Ojalá fuera tan sencilla la obtención de la independencia de criterio. El libro de Isabel Custodio es una buena elección para acrecentar la autoestima y problematizar nuestro ser en el mundo como mujeres; está escrito con fuerza,



con indignación, pero también con fina ironía y sentido del humor, en la línea de los trabajos periodísticos de Rosario Castellanos en *El uso de la palabra*.

Desde su título todo el libro está pensado, dedicado y producido para y por mujeres; aunque por supuesto admite y reclama también lectores masculinos. Isabel Custodio lo dedica a su hija Ximena, utiliza como apertura una afortunada coincidencia, cita de la gran filósofa española María Zambrano ("Hacer algo aunque sea escribiendo"), lo inicia con un reclamo por la entrañable compañera guatemalteca desaparecida: Alaíde Foppa y el proyecto -según cuenta la autora- se inició con una pequeña editorial de mujeres que derrumbó el temblor de 1985 (como tantos otros desplomes materiales y afectivos) y se retoma el



año pasado con su amiga editora y exsocio para recopilar ya no cinco sino una década completa de la *Eva disidente*.

Y hoy somos tres las mujeres que acompañamos a Isabel en su alegría: Azucena Rodríguez, actriz de origen español, como son los orígenes de la propia Isabel; Minerva Salado, poeta y periodista cubana, representando una tierra en que Isabel pasó años de su infancia y yo, argentina (cordobesa) por nacimiento y chilanga por adopción que representaría el interés por la investigación sobre el tema de la mujer en su quehacer literario. Felicidades, entonces, Isabel, por esta empresa feminista basada en un fraterno sentido de la solidaridad de género, llevada a buen término. 